


Mis estúpidas ideas

BERNARDO ZANNONI

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale

gatopardo ediciones 

Título original: *I miei stupidi intenti*

© 2021 Sellerio Editore, Palermo

Published by special arrangement with Sellerio Editore S.R.L. in conjunction with their duly appointed agent The Ella Sher Literary Agency.

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione Internazionale italiano.

Este libro ha sido traducido gracias a una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación Internacional italiano.

© de la traducción: Juan Carlos Gentile Vitale, 2023

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2023

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: junio, 2023

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Marjolein Kramer

Imagen de la solapa: © Sellerio Editore, 2022

ISBN: 978-84-126166-4-4

Depósito legal: B-6594-2023

Impresión: Liberdúplex S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

a L.

*Volveremos a vernos pronto;
ya nos hemos encontrado.*

EL INVIERNO, NUESTRA MADRE

Mi padre murió porque era un ladrón. Robó tres veces en los campos de Zò, y a la cuarta el hombre lo cogió. Le disparó en la barriga, le arrancó la gallina de la boca y luego lo ató a un poste del recinto a modo de advertencia. Dejaba a su compañera con seis cachorros a la espalda, en pleno invierno, con la nieve.

En la noche borrascosa, todos juntos en la gran cama, observábamos cómo nuestra madre se desesperaba en la cocina, bajo la penumbra de una lámpara y del techo de la madriguera.

—¡Maldito, Davis, maldito! —lloraba—. ¿Y ahora qué hago? ¡Estúpida comadreja!

Nosotros la mirábamos sin hacer ruido, acurrucados por el frío. A mi derecha estaba mi hermano Leroy, al otro lado, en cambio, Giosuè, al que nunca he conocido. Debió de morir poco después del parto, quizá aplastado por el peso de nuestra madre, cuando se echó para descansar.

—¡Desgraciado, desgraciado! —lloraba ella—. ¿Y ahora quién cría a estos hijos de nadie?

Aquellos primeros días, la vida era una agradable sensación. Respirando despacio bajo las mantas, te deslizabas hacia el sueño más vivo. Eras, a la vez, frágil y fuerte, y te escondías del mundo, a la espera de poder salir.

—¿Quién los cría? ¿Quién los cría? —decía nuestra madre. Luego se acercaba a la cama y se echaba, mostrándonos la barriga. Yo apenas la sentía, me pegaba a ella con todas mis fuerzas.

Mis otros hermanos se enzarzaban de inmediato en una pequeña pelea. Leroy, el mayor, se abalanzaba con prepotencia; las hembras, Cara y Louise, formaban un equipo. Otis, el más pequeño, a menudo quedaba relegado.

—¿Quién los cría? ¿Quién los cría? —decía nuestra madre. De vez en cuando la sentía estremecerse de dolor si alguno de nosotros la mordía demasiado. Giosuè se asomaba por debajo de su pelaje, inmóvil.

De noche nos dejaba para ir a buscar comida, y de día dormía algunas horas. A veces, si había encontrado algo valioso, salía con el sol alto a intercambiar comida con Solomon, el usurero. Estaba flaca, y la barriga le caía hasta el suelo. Arrastrarla por la nieve sin duda debía de causarle mucho frío.

—Callad, niños —nos decía si la despertábamos, e incluso si estaba despierta—. Callad, callad.

Nosotros comenzábamos a hablar. Y a movernos. Una mañana, Leroy se cayó de la cama y empezó a dar vueltas alrededor para subir por algún lado, pero no fue capaz. Se habría muerto de frío si nuestra madre no hubiera vuelto. Antes de levantarlo, recuerdo que vaciló un momento, algo incomprensible para mí. Si se hubiera caído otro de nosotros, quizá lo habría dejado donde estaba. Pero Leroy era el más grande y el más fuerte.

Nevaba a menudo, incluso durante días. Una vez la entrada de la madriguera quedó bloqueada, y mamá empleó horas tratando de excavar una vía de escape.

—¡Callad, callad! —gritaba a quien se lamentaba por el hambre.

De vez en cuando la veía sentada en la cocina, mirando al vacío. Se acariciaba los bigotes y suspiraba, sin decir nada, como si estuviera hablando con alguien. Cuando le daba por hacer eso, yo me quedaba mirándola. Sentía que no estaba bien, que algo se precipitaba, y daba miedo. Los ojos se me cerraban sin que yo me diera cuenta, y cuando los abría, ella ya no estaba.

—No enferméis, no puedo pagar el médico —nos dijo una vez, cuando comenzamos a dar vueltas por la madriguera. A nadie se le pasó por alto la advertencia, y de hecho nunca nos aventuramos a salir, ni siquiera nos acercábamos a la ventana. Otis era el único que jamás había bajado de la cama, y las hembras le tomaban el pelo.

—Eres pequeño, Otis. Te partirías el cuello —le decían.

Leroy tocaba todo lo que estaba a su alcance, y yo lo imitaba. No hablábamos demasiado; él agarraba algo, lo miraba y volvía a ponerlo en su lugar, y entonces yo hacía lo mismo. Estudiaba qué tenía entre las patas a toda prisa, porque mi hermano enseguida se sentía atraído por otra cosa, y yo no quería quedarme atrás.

Nuestra madre nos esquivaba, cuando estaba a punto de ir a alguna parte. Para ella no estábamos en la habitación. Cuando nos amamantaba saltábamos todos sobre la cama, donde Otis, por suerte, ya había tenido su momento para chupar algo.

—Me haces daño —murmuraba, molesta, si alguno mostraba demasiada avidez. Normalmente eso bastaba para aplacarnos, pero otras veces nos daba un zarpazo, sin garras, y luego nos imprecaba.

Casi siempre teníamos hambre, y además estaba el frío. Algunos días no salíamos de la cama, y luchábamos contra los espasmos del estómago bajo las mantas, acurrucados los unos junto a los otros. Una vez Leroy me despertó:

—¿Tienes frío?

—Tengo hambre —respondí.

—Yo también. Podríamos comernos a Otis. Es pequeño, y débil.

Nunca pensé que fuera una broma. Tanteé con la lengua los dientecitos que me iban creciendo en la boca. No dije nada.

—¿Y bien?

—Quizá tengo más frío que hambre.

Nuestra madre entró en la madriguera antes de que pudiera responderme. De algún modo, pensé que con mi cobardía podía haberlo ofendido, y durante un rato, incluso después de haber comido, no conseguí conciliar el sueño. A partir de ahí empecé a comprender que entre Leroy y yo había una ligera y horrible diferencia: él era más animal que yo. La idea de que también él se hubiera dado cuenta me angustió bastante. Sin embargo, ninguno de los dos se comió a Otis. Ni Leroy se me comió a mí.

Una noche nuestra madre regresó con un objeto muy particular. Lo puso sobre la mesa y nos advirtió.

—No lo toquéis. Esto nos dará de comer por un tiempo. Esperamos a que se durmiera, para ver qué era.

—Es una joya de señora —dijo Cara—. Un pequeño tesoro del hombre.

Era una baratija redondeada que brillaba a la luz, preciosa, de color verde. Sobre la mesa parecía que nos hablara a cada uno de nosotros, en secreto. Leroy se adelantó y la tocó con una pata.

—Está frío —dijo—. Como el aire de fuera.

También yo habría querido sentirlo, pero nuestra madre había sido clara, y temía que se despertara. Desobedecer de aquel modo avivaba en mí terribles fantasías, sobre todo porque hasta ahora nunca había visto las consecuen-

cias. Louise se había abalanzado sobre la mesa y había cogido la joya, contemplándola con inocencia y deslizándola por una pata, como un brazalete.

—¡No hagas eso, Louise! ¡No, no lo hagas! —susurró Cara.

—Yo soy la más hermosa —dijo Louise, sin responderle.

—¡No es verdad!

Cara también saltó encima de la mesa y se abalanzó sobre Louise.

—¡Mamá no quiere!

Intentó quitarle la baratija de la pata mientras Louise se resistía y la mordía.

—¡Basta! ¡Déjame!

Leroy y yo fuimos lo suficiente rápidos para verlo venir. En un instante, nos deslizamos de la mesa hasta la esquina opuesta de la habitación.

—¡No es tuyo!

—¡Suéltame!

Lo dejaron caer. Se rompió en cuatro pedazos, con un impacto seco. Desde el extremo de la cama, nuestra madre presenciaba aquel instante. Las dos hermanas se quedaron donde estaban, mientras ella se levantaba e iba a ver lo que había quedado. Recogió los pedazos y los miró.

—Mamá... —murmuró Cara.

Fue rápida y precisa. Con un zarpazo arañó el hocico de nuestra hermana y la hizo caer de la mesa. Louise se sobresaltó y empezó a temblar, sin decir nada. El corazón me latía con fuerza. Leroy encontró algo blando sobre su piel y lo cogió para saber qué era.

Mientras Cara se echaba a llorar, nosotros observábamos aquel extraño grumo blanco y rojo, y nos dimos cuenta de que se trataba de un pedazo de ojo. Nuestra hermana se sostenía la cabeza con una pata, reprimiendo el dolor,

con la sangre ensuciándole la cara. Leroy dejó caer el ojo al suelo. Por un momento pensé que se lo iba a comer.

Nuestra madre arrojó los trozos sobre la mesa, junto a Louise, que se había replegado en sí misma para protegerse.

—Asquerosos —dijo sin mirarnos, y acto seguido salió a la noche helada.

La oí volver a la mañana siguiente. Estaba en la cocina, mirando al vacío. Bajo la luz parecía aún más delgada. Salí de la cama en silencio, los otros dormían.

—¿Mamá?

Ella se volvió, despacio; quizá ya me había oído. Parecía que estuviera mirando más allá de mí.

—¿Estás mal por papá? —pregunté.

No respondió. Nunca respondió.